

# Mensaje del presidente de la AMC

Hace muchos años leí sobre el viaje de una joven francesa al México de principios del siglo XX. El relato describe sus peripecias para llegar a Chapala, en ferrocarril, desde la Ciudad de México. Desgraciadamente, la mañana del viaje ocurre algo que retrasa unos minutos su llegada a la estación de Nonoalco. Convencida de haber perdido el tren, la protagonista se dirige a la taquilla para pedir informes sobre la próxima salida a Guadalajara. Sin embargo, para su sorpresa, el funcionario le informa, sin chistar, que el tren del día anterior tal vez saldrá esa tarde y que el que ella creía haber perdido, posiblemente lo haga el día siguiente.

Un siglo después vemos que esa pintoresca situación se repite, tristemente, con los proyectos de ciencia básica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Fue preciso que un grupo de colegas, entre ellos distinguidos miembros de la Academia (incluido un expresidente), hiciera un plantón frente al edificio del Consejo en diciembre de 2010 para que los resultados de la Convocatoria 2009 se anunciaran el 21 de ese mes, en plenas vacaciones. Como sabemos, si se corre con la misma suerte de la Convocatoria 2008, los fondos 2009 no fluirán antes de mayo de 2011. Lo que es peor: ya en pleno 2011 se abrió la Convocatoria 2010, cuyos recursos, con toda seguridad, no serán repartidos por los actuales directivos de Conacyt.

¿A qué se debe esta situación? No existe una respuesta oficial; sin embargo, en los dichos de pasillo, unos dicen que la culpa podría recaer en la Secretaría de Educación Pública (SEP); otros, que en la Secretaría de Hacienda; el resto habla de “subejercicio”. Cualquiera que sea la razón, parece evidente que el resultado es establecer prioridades que dejan a los fondos para ciencia básica en la cola. Es comprensible que las becas se repartan en tiempo y forma. De otra manera, el mismo retraso de un año y medio haría inviable el programa. Igualmente debería ocurrir con el Sistema Nacional de Investigadores (SNI). La pregunta es: ¿se dará el mismo trato a los proyectos de ciencia básica que a los estímulos a la innovación? La ausencia de empresarios en el plantón de diciembre sugiere la respuesta.

Lamentablemente, como vemos, no parece tratarse sólo de una cuestión de prioridades en la gestión; es decir, de repartir un mismo presupuesto para dar primero a unos y luego a otros. El retraso de año y medio en el acceso a los fondos, dada la calendarización fiscal, refleja que hay un creciente déficit en el ejercicio, que debe ser superior a los 600 millones de pesos que se asignan cada año a ciencia básica. Los recursos que se ejerzan en 2011 serán parte del

presupuesto de este año, no del año 2009, en que se emitió la convocatoria, ni del 2010, al final del cual se anunciaron los resultados. Desde esa perspectiva, vemos que el ya de por sí reducido porcentaje del Producto Interno Bruto (PIB) que el gobierno federal dedica a ciencia y tecnología, resulta ser aún menor para ciencia básica.

Como ya vimos, para la ciencia básica los datos de este sexenio ya están echados. No hay manera de recuperar los recursos de años anteriores, y los de éste sólo alcanzarán para la convocatoria de hace dos años (2009). Lo único que en la actualidad puede hacerse es analizar y planear una estrategia para el siguiente *round*. El panorama es complicado, pues viendo al pasado apreciamos que el problema de hoy no se inició en el 2000. El porcentaje del PIB que representa el gasto federal en ciencia y tecnología se ha mantenido dentro del 0.035 por ciento ( $\pm 0.05$  por ciento) desde 1980. De hecho, la última década se ha caracterizado por ser la más estable; fue durante las crisis económicas de los años ochenta cuando se marcó el cociente más bajo. Pero hoy en día, con un presupuesto que no crece, al privilegiar el gasto en tecnología se descobija a la ciencia básica.

¿Algún día nos daremos cuenta que se trata de una cadena continua? En la desesperación de un país que a todas luces pierde competitividad, es comprensible soñar que existe un atajo que permite innovar sin generar nuevo conocimiento. La realidad es que eso es falso. Las grandes empresas basan su futuro en generar nuevo conocimiento. Mientras más sofisticado y caro sea, mejor, pues esto desanima la competencia. Es decir, generar conocimiento es costoso, pero vale la pena.

En México hay quien opina que aumentar el gasto federal en ciencia y tecnología hasta el 1 por ciento del PIB es quimérico; que seríamos incapaces de invertirlo con eficiencia. Justamente de ese pesimismo viven nuestros competidores. Mientras tanto, lo que pasa con la ciencia básica en México recuerda aquel viejo chiste sobre el caballo de un español, que desgraciadamente se murió cuando ya habían logrado enseñarle a no comer.

ARTURO MENCHACA

Presidente de la Academia Mexicana de Ciencias (AMC)

